

Algo sobre don Ricardo Carrasquilla

El 22 de agosto del año que corre, se cumple el primer centenario del nacimiento en Quibdó de don Ricardo Carrasquilla.

Fueron sus padres el coronel de la Independencia, y en este tiempo gobernador de la provincia del Chocó, don Pedro Carrasquilla, y la matrona santafereña doña Cruz Ortega y Nariño, hija de don José Ortega, vocal de la Junta suprema de 1810, y sobrina carnal del Precursor Nariño.

Descendía, pues, don Ricardo de noble familia, que unía a la alteza de su linaje, los grandes servicios prestados a la causa de la emancipación colombiana; de su madre heredó las bellas cualidades de estirpe tan preclara, y de su padre, hijo de andaluces, el genio retozón y festivo de los españoles de Sanlúcar.

A los once meses de nacido fue llevado a Bogotá, ciudad en la que permaneció toda su vida, sin que por esto se mermara el cariño vehemente y acendrado que siempre profesó a su tierra natal. Huérfano de padre en temprana edad, y no muy boyante de fondos, hubo de educarse casi solo, sin otro apoyo que el de su madre, mujer de tan singulares dotes, que, según Monseñor Carrasquilla, fue la que le «infundió hondo, muy hondo, las creencias y virtudes que en él brillaron más tarde».

Era don Ricardo de ese casta galana de hidalgos que no cifran el orgullo de su alcurnia en el menosprecio y la altivez; fue muy al contrario, en toda la acepción de la palabra, un hombre bueno, lo que unido a las graciosas expansiones de su carácter, motivó la grande estima y mayor ascendiente aún que entre

todas las clases sociales gozaba, hasta llegar a ser el invitado casi necesario en toda reunión alegre y culta.

Don José María Samper nos pinta con pincel de mago, la sugestiva etopeya de don Ricardo: «Es sobrado humilde, adusto en apariencia y vive casi siempre retraído de todo lo que no es su hogar y su colegio, confundidos como en una sola familia. Es un hombre corpulento y de grave continente, sencillez en todos sus gustos, digno en su pobreza, austero en sus costumbres, purísimo en sus actos, profunda e incontrastablemente religioso, noble y caballero en todo...» (1).

A fuerza de labor perseverante, de estudio paciente, amén de su gran talento, logró don Ricardo ir poco a poco abriéndose paso, y dando a conocer sus relevantes condiciones de institutor, que debían hacerlo, andando el tiempo, uno de los maestros más afamados del país, y que obligaron a ese preceptor altísimo y eminente vate tunjano que se llamó José Joaquín Ortiz, director del Instituto de Cristo, a llamarlo a colaborar en su compañía en ese renombrado plantel. Ya para entonces se había hecho notar don Ricardo por su especial facilidad para hacer versos, la que encontró un devoto aficionado en el cantor de la bandera colombiana.

En suma pobreza contrajo matrimonio con su prima hermana doña Emilia Ortega, hija del General José María Ortega y Nariño y de la valenciana doña Mercedes Párraga; desde entonces se dedicó por entero a los cuidados de su familia, a las labores del magisterio y de la apología católica, y al cultivo de sus aficiones literarias.

Liceo de la Infancia, llamó a su colegio, por el que pasaron muchos hombres ilustres, que más tarde han figurado en la historia de nuestra patria: Carlos Martínez Silva, Ruperto Gómez, Ignacio Gutiérrez Ponce,

(1) De *El Deber*, de 8 de diciembre de 1878.

discípulos suyos fueron, y dirigidos por él iniciaron sus primeros ensayos.

Se puede asegurar con verdad que fue don Ricardo un verdadero revolucionario en asuntos pedagógicos: detestaba los reglamentos, y los sustituyó por una nimia vigilancia; no se gastaba esa académica y olímpica seriedad con que a menudo disfrazan ciertos pseudo-institutores, su ineptitud para el magisterio y su vaciedad de entendimiento; trataba a sus discípulos con dulzura y suavidad, los unía a él por los estrechos vínculos del más paternal cariño, ganábase su confianza, hacíase el confidente de sus penas y el consejero en sus dificultades, sin que todo eso cediera en mengua de la autoridad o del respeto.

No obstante ser don Ricardo conservador de altos quilates, jamás miró a sus adversarios políticos desdeñosamente, ni trató de amenguarlos; de allí esa estimación tan cordial que le profesaban los más esclarecidos liberales de su tiempo: Salvador Camacho Roldán, Aníbal Galindo, Ricardo Becerra, Rafael E. Santander. Y no se vaya a creer que era la debilidad la que lo impulsaba a ser con ellos afectuoso y clemente; en muchas ocasiones supo enfrentárseles con valentía, y no tenía empacho en contradecirlos si soltaban una expresión menos ortodoxa; pero era que en esos tiempos, tiempos de señores y patricios, la amistad no sufría menoscabo, ni merma la estimación por la diversidad de ideas y pareceres, hasta tal punto que cuando don Ricardo escribió su amenísima y furibunda requisitoria contra el General Mosquera, *Ecos de los zarzos*, llamó para leérsela, precisamente a la plana mayor de los entonces «mosqueristas».

Una anécdota nos muestra la belleza de su carácter y la sincera estimación que tenía a sus adversarios: hallábase un grupo de amigos en casa de don José María Samper, cuando de manera inopinada se presentó

el doctor Manuel Muriilo Toro, Presidente, a la sazón, de la República. Llegada la hora del brindis, algunos pidieron a Carrasquilla que lo improvisara, y él, sin inmutarse, como la cosa más natural del mundo, se puso en pie y dijo:

«Mi brindis es muy sencillo:
aunque algunos somos godos,
brindemos alegres todos
por nuestro amigo Murillo.»

Católico ferviente, no conoció don Ricardo el humano respeto; hacía gala de sus creencias religiosas y al servicio de ellas puso todas las dotes de su inteligencia poderosa. Amaba con todo amor a los hijos de Loyola, y como ellos parecía tener por divisa la mayor gloria de Dios. De aquí el fuego que incendiaba sus labios cuando dictaba sus famosas conferencias, que le han valido el figurar entre los oradores sagrados de nuestra patria, y, como según José Joaquín Ortis (*), no necesitaba Carrasquilla sino una mala tribuna y un auditorio que lo oyera, no son de extrañar las muchas conversiones que, aun entre pecadores inveterados, llevó a cabo. Monseñor Rafael María Carrasquilla, que de don Ricardo parece haber heredado la majestad y la elocuencia, pinta así la procera figura de su padre orador: «Fluía a torrentes de su boca la palabra, sin una vacilación, sin repetirse, sin una muletilla ni tropiezo. La acción oratoria era amplia, majestuosa, solemne. El discurso al calor que brotaba de aquel pecho encendía el verbo como ascua, y todas esas condiciones producían en los oyentes una impresión, que no se borraba después por entero en todo el curso de la vida» (1).

(*) De La Caridad. Tomo V.

(1) Monseñor Carrasquilla. *Adiciones*.



Con el nombre de *Sofismas anticatólicos vistos con microscopio*, publicó un tomito, que es una refutación victoriosa de delicioso humor a las patrañas que a diario urden contra la Iglesia de Cristo, los deshonoradores de su nombre. Vaya un ejemplo: «Juan Lanás conserva respetuosamente las cartas de su difunto padre; pero cree que lo ofende si hace lo mismo con sus retratos, y por eso los quema. Los protestantes veneran la Biblia y queman las imágenes». Otro ejemplo: «Un bableca leyó en la historia de Colombia el pasaje de Ricaurte en San Mateo; y después de reflexionar largo tiempo, exclamó: 'Parece que en San Mateo ocurrió algo que fue tenido por explosión'». Mr. Renán (célebre orientalista) leyó en el Evangelio el pasaje de la resurrección de Lázaro, y dice en su libro *La Vida de Jesús*: «Discurrimos que en Bethania ocurrió algo que fue tenido por resurrección». (Página 369).

Fama no menos merecida tiene también don Ricardo como regocijado poeta. *Coplas* llamó la colección de algunas de sus poesías que merecieron favorable juicio crítico de Menéndez y Pelayo (1), y que pusieron en la pluma de Miguel Antonio Caro, estas palabras: «tiene la hermosa particularidad de saber esparcir sales y grajeos de buena ley en correctas y atildadas redondillas, o en fáciles y cadenciosos romances, sin el grosero desaliño, las libertades e intemperancias de mal gusto a que está ocasionado este género de composiciones....» (2).

La primera improvisación que don Ricardo hizo, y de que se tiene memoria, fue hecha en Fusagasugá por el año de 1844. Marroquín refiere así el hecho: «Esta-

(1) Menéndez y Pelayo. *Antología de poetas hispanoamericanos*. Tomo III.

(2) Miguel Antonio Caro. *Repertorio Colombiano*. Nota biográfica. 1881.

ban a la sombra de una enredadera un amigo nuestro y una niña Cadena con quien le daban bromas. Ricardo, al verlos, prorrumpió:

«Ortiz bajo el emparrado,
agobiado de su pena,
sólo piensa en la cadena
que lo tiene aprisionado.»

Formó parte Carrasquilla de aquel selectísimo núcleo, flor y nata de la literatura colombiana; de aquella tertulia incomparable en la que Marroquín y Vergara y Vergara lucían las tonalidades de su chispeante ingenio; de esa junta conspicua que se llamó *Mosaico*, que fue cuna de la literatura colombiana de costumbres y semillero de tan magníficas obras.

No quiero dejar pasar inadvertido un pormenor simpático en el que don Ricardo tuvo mucha parte; me refiero a la introducción de un poeta hasta entonces desconocido, en ese «mentidero de cuatro a seis horas», como llamó al *Mosaico* el Pbro. Saavedra. Por el año de 1864 fue llevado a esa reunión por Vergara y Vergara y nuestro biografiado, Jorge Isaacs, muy mozo entonces y acabado de llegar del Valle del Cauca; le hicieron leer algunas de sus composiciones en verso y resolvieron publicarlas, costeadando entre todos el valor. Así mismo les habló Isaacs de una novela que tenía pensada; se la hicieron exponer, lo aleccionaron, le ayudaron a corregir manuscritos y pruebas, y finalmente apareció *Maria*, la «joya más preciada de la literatura novelesca colombiana».

Cúpole también a don Ricardo la honra de haber contribuido a sacar a luz a otro ingenio, ignorado y prodigioso, a Eugenio Díaz, autor de la renombrada novela *Manuela*.

Aunque don Ricardo fue hombre de robustez y salud física admirables, comenzó en las postrimerías de

su existencia, a sufrir de frecuentes accesos de asma; sin embargo, ni él ni los médicos le dieron importancia.

El 13 del mes de diciembre de 1886, sintióse mal del pecho, pero no quiso guardar cama; consultados los médicos, diagnosticaron bronquitis catarral.

El 24 del mismo, rogó le fuera llamado su confesor doctor José María Plata. Llegado el sacerdote, le manifestó el enfermo que le quedaban pocas horas de vida, por lo cual quería dejar arregladas «sus cuentas», haciendo confesión general.

Una vez terminada ésta llamó a su hija, le dijo que estaba listo para marchar al otro mundo, y que procurara, si se agravaba, de hacerle poner la extrema-unción.

Al atardecer se sintió mejor, pero guardó cama, y al hacer un movimiento para mudar de postura, notaron, los presentes que se hallaban en su alcoba, que estaba expirante.

El actual Arzobispo de Medellín, Monseñor Cayzedo, le puso los santos óleos, y «sin dolor, sin agonía, sin esfuerzo, pasó aquella hermosa alma a los brazos de Dios, cuya gloria fue su pasión dominante» (1).

Dos días después, tras suntuosos funerales, costeados por el Arzobispo Paúl y el V. Capítulo Metropolitano, se verificó el entierro de este gran hombre, altísima honra de la patria chica, ciudadano modelo y una de las figuras más inmaculadas de los últimos tiempos.

(De los apuntes para la *Monografía de Ricardo Carrasquilla*) por

MANUEL S. MOSQUERA G.

(De *La Aurora*, publicación dirigida por los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María).

(1) Cf. Carrasquilla. Op. cit.